

SERAFÍN Y JOAQUÍN
ÁLVAREZ QUINTERO

LA CASA DE ENFRENTE

ZARZUELA CÓMICA EN UN ACTO

MÚSICA DE PABLO LUNA



MADRID

1917

LA CASA DE ENFRENTE

SERAFÍN Y JOAQUÍN
ÁLVAREZ QUINTERO

LA CASA DE ENFRENTE

ZARZUELA CÓMICA EN UN ACTO

MÚSICA DE PABLO LUNA

Estrenada en el Teatro de Apolo
el 20 de marzo de 1917



MADRID

1917

Madrid.—Imp. Clásica Española. Cardenal Cisneros, 10.—Teléf. 4430

La segunda representación de esta obra la recordaremos siempre con indignación y con vergüenza. Un público a quien no sabríamos calificar, compuesto, al parecer, de gente culta y distinguida, profanó el teatro de Apolo con ocurrencias de burdel y vociferaciones y alaridos de plaza de toros. No se respetó nada ni a nadie. Apenas empezada la representación, artistas y autores fuimos arrollados por una ola de estúpida y salvaje grosería, que en vano trataron de contener, con aplausos dignos de gratitud, muchos espectadores ofendidos, como nosotros, por el insólito atropello. Sin querer se nos vino a las mientes la cerdosa aventura que le aconteció a Don Quijote.

Como única protesta decidimos inmediatamente retirar la obra del cartel, ya que no pudimos en tales momentos cortar el tristísimo e ignominioso espectáculo bajando el telón y devolviéndoles a aquellos energúmenos las monedas con que creían haber comprado el derecho de insultarnos a todos.

LOS AUTORES.

El vecino de enfrente
mira mi casa;
pero no ve la suya,
que se le abrasa.

COPLA POPULAR.

Y español que tal vez recitaría
quinientos versos de Boileau y el Tasso,
puede ser que no sepa todavía
en qué lengua los hizo Garcilaso.

IRIARTE.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
SARITA	Rosario Leonís.
MANOLA	Rafaela Leonís.
HERMINIA	Antonia Fuentes.
CHUCHÚ	Carlota Paisano.
LA MISS	Teresa Saavedra.
JOSEFA	Paquita Girona.
DON CÁNDIDO BORRAJAS	Casimiro Ortas.
EL ABUELO CHOCHO	Francisco Meana.
DON LUIS DE ESQUIVIAS	Carlos Rufart.
CARMELO	Cristóbal S. del Pino
ARÍSTIDES	Carlos Román.
CELESTINO	Valeriano León.
EL LORO	N. N.

LA CASA DE ENFRENTE

Habitación contigua a una galería cerrada de cristales en la casa de don Cándido Borrajas, en Madrid. La casa es rica, está decorada a la moderna, y pertenece a un barrio de los que ahora se llaman de *gente bien.* A la derecha del actor, un gran mirador, con finos visillos; a la izquierda, una puerta que conduce al interior de la casa, y al foro, un intercolumnio que da paso a la galería. Detrás de los cristales de ésta se ve una terraza con profusión de plantas y flores. Muebles elegantes. En sitio preferente el retrato de una abuelita. Sobre las butacas, las sillas y el sofá, vistosos cojines. Algunas plantas. El suelo, de madera encerada, cubierto en el centro por una alfombra rica. Aquí y allá, en los muebles y aun en el suelo mismo, diferentes objetos de la señora y de las señoritas de la casa, tales como novelas y libros ilustrados, papeles y cuadernos de música, revistas y periódicos de modas, raquetas del juego del volante o del *tennis*, una guitarra, una sombrerera, dos o tres sombrillas, un juego de ajedrez, etc., etc.

Al frente, en la galería, presidiendo con gravedad el desorden de la casa y de la familia, un viejo loro, aposentado en dorada jaula. Es de día.

Don Cándido Borrajas, el cabeza de familia—poca cabeza,—alterna sus ocios enseñándole una canción al lorito y atisbando desde el mirador lo que pasa en la

casa de enfrente. MANOLA, la mayor de sus hijas, que se perece por lo chulo y por lo flamenco, canta a la guitarra. HERMINIA, la segunda, está de pie, tomando elegantes posturitas, las cuales son su flaco.

El papá viste batín o bata y zapatillas; las niñas, vaporosas batas de seda, que dejan adivinar sus encantos. Porque, en honor de la verdad, no le salieron mal a BORRAJAS. Se conoce que las pensó poco.

Música.

DON CÁNDIDO

Al loro, «que se fija mucho», repitiéndole las frases hasta la saciedad, para que las aprenda.

Es de mala educación,
si se saca la petaca,
no ofrecer a la reunión.

MANOLA

¡Qué matraca!

HERMINIA

¡Qué pensión!

DON CÁNDIDO corre a su observatorio del mirador, y levantando disimuladamente un visillo, permanece unos instantes en acecho.

DON CÁNDIDO

Aun no ha abierto su balcón.

HERMINIA

El médico me ha dicho
que *après tous les repas*
esté de pie dos horas
si quiero adelgazar.

MANOLA

Reniego yo del señorío,
si no he de hablar a aquel moreno
que ha puesto en el corazón mío
la dinamita de un barreno.

—

No me digan que no:
donde esté un mozo fino de barrio,
la pareja soy yo.

DON CÁNDIDO

Volviendo junto al loro otra vez.

Lorito real:
aplícate un poco y aprende:
¡no me dejes mal!

HERMINIA

Las piernas se me rinden
de tanto estar de pie;
me siento un momentito,
que *je suis fatigué.*

MANOLA

No sé explicarte aquella cosa
que a mí me dió la otra mañana
cuando te vi con la pañosa
de los embozos verde y grana.

—

No me digan a mí:
donde esté una mantilla de encaje,
no hay sombrero ni *esprí.*

DON CÁNDIDO

Es de mala educación,
si se saca la petaca,
no ofrecer a la reunión.

MANOLA

¡Qué matraca!

HERMINIA

¡Qué pensión!

LAS DOS

¡Qué fastidio de lección!

Cesa la música.

MANOLA sigue rasgueando en la guitarra; HERMINIA coge un libro, adopta una nueva posturita elegante, y lee; DON CÁNDIDO torna al mirador, ansioso de ver algo extraordinario. Pausa. A poco se oyen dentro, hacia la izquierda de la galería, por donde luego sale, las voces del ABUELO CHOCHO. Es un viejecillo muy entero, nervioso y descarado, ex suegro de BORRAJAS.

ABUELO

¡Nada, nada! ¡Es usted un sinvergüenza; un cochino! ¡Y la que le consiente a usted esas libertades, una pindonga! ¡Y no le digo a usted que por la puerta se va a la calle, porque va usted a salir por el balcón, de un puntapié mío!

MANOLA

¡Ya escampa! ¡Cómo está hoy el abuelo!

Deja la guitarra.

DON CÁNDIDO

Sí que se mete la tarde en agua.

HERMINIA

A mí me descompone oírlo.

DON CÁNDIDO

El pobre señor ya chochea, pero no hay quien lo aguante.

Al Abuelo, que aparece a punto, rezongando. Trae bastón y sombrero.

¿Qué sucede, abuelo? ¿Qué sucede?

ABUELO

¡Que esto no es casa! ¡Que esto es una república! ¡El *chauffeur*, no tiene vergüenza! ¡La cocinera, no tiene vergüenza! ¡El mozo de comedor, no tiene vergüenza! ¡Las doncellas, no tienen vergüenza! ¡Aquí nadie tiene vergüenza!

MANOLA

¿Nadie?

ABUELO

¡Nadie! ¡La tengo yo; pero como yo no soy nadie en la casa, nadie tiene vergüenza! ¡Ni tú; ni tú; ni la madrastra; ni Chuchú; ni éste! ¡Ni el loro!

EL LORO

¿Hola?

DON CÁNDIDO

¿Eso es todo lo que sabes decir, sinvergüenza?

HERMINIA

Cálmate por Dios, abuelito...

ABUELO

¡No me da la gana! Si tuvierais vergüenza, ¿estaríais sin vestir a las horas que son de la tarde?

MANOLA

Levantándose decidida.

¡Vaya! Me voy a poner de veinticinco alfileres, para darte gusto.

ABUELO

¿A mí, o al abogadete que vendrá luego?

MANOLA

¡Claroco!

Se va por la puerta de la izquierda.

ABUELO

¡Claroco! ¡Qué bonita expresión! ¡Da gloria lo bien que educas a tus hijas! ¡Como a la nena le agradan las chulerías, se le ríen las gracias!

DON CÁNDIDO

¡Claroco!

ABUELO

A la otra.

¿Y tú, qué estas leyendo?

HERMINIA

Una novela.

ABUELO

¿Francesa, verdad? ¡Qué peste de libracos franceses!

Le quita el libro y lo tira lejos.

¡Aprended primero el castellano!

HERMINIA

Abuelo, ¡vaya unas maneras!

ABUELO

¡No merecéis otras!

HERMINIA

Está bien.

Se va tras de su hermana.

DON CÁNDIDO

¿Vas a salir, abuelo?

ABUELO

Ahora mismo.

DON CÁNDIDO

Pues te voy a encargar una cosa. He visto el otro día...—el caso es que no me acuerdo dónde; pero tú me lo encontrarás—un encendedor modernísimo, de nuevo sistema...

ABUELO

¡No compro más encendedores! ¡Te he traído siete! ¡Búscalos en tu casa! ¡Lo primero que tiene

que saber un amo de casa es lo que hay en ella! ¡Te roba toda la servidumbre!

DON CÁNDIDO

¡Pues, señor, cuando te levantas de esa vena, hay que meterse en el cuarto de baño!

Márchase por la puerta de la izquierda también.

ABUELO

¡Sí, sí, sí!... ¡Si el viejo chochea, si está loco!... ¡Si no dice más que tonterías!

A Sarita, que viene por la izquierda de la galería, en traje de calle. Es joven, guapa, fresca y apetitosa.

¡Oh! ¡La señora de la casa!... ¡Digo, de la calle; porque está más tiempo fuera que dentro!

SARITA

¿Ahora me toca a mí?

ABUELO

¡La segunda esposa de ese nunca bien ponderado majadero a quien tuve por yerno siete años!

SARITA

La segunda esposa, sí, señor. Para servir a usted en lo que se le ofrezca.

ABUELO

¡No se me ofrece nada! A la calle, ¿eh?

SARITA

Sí, señor; a la calle. A mis cosas...

ABUELO

¡Oh, los trapos! ¡Oh, las modistas! ¡Oh, las tiendas!... ¡Qué socorridos encubridores!...

SARITA

¡Jesús! No se sulfure usted, abuelo. Siempre ha de andar así... Yo no voy a compras ahora...

ABUELO

¡Qué casualidad!

SARITA

Voy a ver al dentista.

ABUELO

¡Otro que tal baila!

SARITA

Pues ¿quién si no él ha de arreglarme un hueso que tengo dañado en la boca?

ABUELO

¡A otro perro con ese hueso, Sarita, que éste es perro viejo! ¡Abur!

Se va de estampía por la derecha.

SARITA

Vaya usted con Dios. Paciencia. Las personas a cierta edad se ponen insufribles. Paciencia.

Se asoma a los cristales de la galería y mira hacia abajo.

Antes faltaría el sol... Ya está ese pícaro de Carmelo en la ventana del estudio... Simpático, es simpático. Ya me ha visto.

Saluda.

¿Que si sube? ¡Sí!...

Se retira, despidiéndose con la mano.

¡Dichosos hombres! ¡Cómo aprietan algunas veces el cerco! Este andaluz es tan zalamerillo... Y luego, que yo... yo... ¿Qué le voy a hacer, si es heredado? Mi madre, mi abuela, mi bisabuela... Todo el arbolito.

Música.

No lo puedo remediar:
he nacido tan coqueta,
que ni el yugo me sujeta...
¡Tengo que coquetear!
Cuando voy a confesar
y el buen padre me censura,
yo le digo: Padre cura,
¡tengo que coquetear!

—

Es un vicio feo,
pero me entretiene,
y ese es mi recreo.
Nada me detiene;
nada me contiene;
nunca titubeo.
Como que yo creo
que mi sangre tiene
mal de coqueteo.

¡Por eso mareo
a todo el que viene
y a todo el que veo!

—

Coqueteo
con el guapo, con el feo,
con los listos, con los torpes, con los firmes, con
[los cojos...
Coqueteo
con el dulce balanceo,
con la risa, con la boca, con las manos, con los
[ojos...
¡Coqueteo!

—

Ya sé yo
Que la vereda es muy mala...
¡no que no!
que hay quien la empieza y la rueda,
porque resbala, resbala
como seda
la vereda...

Como si temiera al abismo.

¡Oooooh!...

—

Pero es superior a mí
este afán y este deseo:

¡coqueteo
desde el día en que nací!

—

No lo puedo remediar:
he nacido tan coqueta,
que ni el yugo me sujeta...
¡Tengo que coquetear!
Cuando voy a confesar
y el buen padre me censura,
yo le digo: Padre cura,
¡tengo que coquetear!

Cesa la música.

Por la puerta de la izquierda sale CHUCHÚ, seguida de su MISS. CHUCHÚ, la hija menor de BORRAJAS, es una pollita preciosa. La MISS, en cambio—¡oh suprema ley de los contrastes!—es un espantapájaros verdadero. Las dos vienen en traje de calle. La MISS lleva un sombrero de hule, impermeable y paraguas. Si llueve, no se moja.

CHUCHÚ

Bueno, mamá, yo me largo a casa de Niní.

SARITA

¿A casa de Niní?

CHUCHÚ

Tenemos merienda. Van a ir también Quica Sánchez, Lulú Romero, Cocó Martínez y Chichí Casavilla.

SARITA

Pues anda con Dios. ¿Diste ya tu lección de francés?

CHUCHÚ

Oui.

SARITA

¿Y la de inglés?

CHUCHÚ

Yes.

SARITA

¿Y la de alemán?

CHUCHÚ

Ja.

SARITA

¿Es aplicada, miss?

LA MISS

Expresándose en castellano con dificultad.

Un día sí y otro no.

EL LORO

¿Hola?

CHUCHÚ

Lorito, *tu est très méchant.*

SARITA

Óyeme, nena: ahora que recuerdo.

Con malicia.

¿Suele ir a las meriendas de casa de Niní, Tolito Peláez?

CHUCHÚ

¡Vamos! ¡Te veo venir, mamá! ¡Estate tranquila, que no es por *áhi!*

SARITA

¿No?

CHUCHÚ

¡Miau! *¡Pa* el gato! Ya le dije ayer que *ahuecara.* No hay mendrugos.

Despidiéndose.

Conque hasta lueguito.

Al loro.

Au revoir, monsieur le perroquet.

A DON CÁNDIDO, que vuelve por la izquierda de la galería, oportunamente.

Adieu, mon cher papa.

DON CÁNDIDO

Adieu, ma chère Chuchú.

SARITA

Adiós, nena, adiós.

CHUCHÚ

¡Saluqui!

LA MISS

Perpleja.

¿Saluqui?...

Se va CHUCHÚ por la derecha, seguida de la MISS, que busca la palabra en un diccionario de bolsillo.

DON CÁNDIDO

Luego dice el abuelo que las tengo mal educadas: con quince años... y sabe tres idiomas ya. Bueno, y el español, que no cuenta.

SARITA

Es monísima.

DON CÁNDIDO

Monísima...

Va maquinalmente al mirador, y atisba de nuevo.

La que más recuerda a su madre... Monísima...

De repente da un grito destemplado que estremece a SARITA.

¡Ya!

SARITA

¡Ay!

DON CÁNDIDO

¡Ya! ¡Ya está ahí!

SARITA

Candidito, que me has asustado... Creí que era otra cosa.

DON CÁNDIDO

¡Mírala, mírala en el balcón! ¡Mírala!

SARITA *obedece, aunque sin poner en el asunto el interés que su marido.*

SARITA

Ah, sí... Es verdad.

DON CÁNDIDO

¡Qué hermosa está hoy! ¡Y qué bien se viste!

SARITA

Demasiado vivo el color de la blusa.

DON CÁNDIDO

¡Ella sí que es demasiado viva! ¡Y guapa, hasta cansarse de decirlo! ¡Pero tan... tantarantán como guapa! ¡Qué cogote tiene la indina!

SARITA

¡Candidito!

DON CÁNDIDO

Arréglate, arréglate el sujeta-abuelos. Parece que me ha oído la muy... ¡Cómo se relame para darle color a los labios!...

SARITA

Candidito, que veo que el que se relame eres tú...

DON CÁNDIDO

¿Yo? ¡No me hables! ¡Indignado me tiene esa mujer!—¡Ahora sale el viejo! ¡Míralo, míralo, Sarita!

SARITA

¡Pobre hombre!

DON CÁNDIDO

¡Pobre hombre! ¡Pero esto no quedará así! ¡Yo no puedo verlo con paciencia! ¡Qué tranquilo va él calle arriba!

SARITA

¡El Caballero del Verde Gabán!...

DON CÁNDIDO

En la higuera, como dicen los clásicos de Manola. ¡Me indigna, me indigna la traición! Desde que hace un mes que se mudó ahí esa gente, yo he criado más bilis.

SARITA

Vas a tener que ir a Marmolejo.

DON CÁNDIDO

¡Me indigna la traición! ¡No en balde soy de la

Liga de Caballeros Impecables, Investigadores del Hogar Ajeno!—Él dobla la esquina... y ella se mete dentro después de tirarle un besito, para que se vaya más confiado. Y ahora... a esperar al pollastre.

Le da como una náusea, de indignación.

¡Brrrrr!... ¡Se me revuelve... se me revuelve!... ¡Se me revuelven muchas cosas! Pero ¿qué ese infeliz no tenga un buen amigo que le abra los ojos?

SARITA

¿Qué más buen amigo que tú, que sin conocerlo le has mandado ya dos anónimos, Candidito? ¡Lo que es que el hombre vive en la luna!...

DON CÁNDIDO

¡En los mismos cuernos de la luna!

SARITA

Estate quieto.

DON CÁNDIDO

¿Eh?

SARITA

Estate quieto.

Le arranca una cana del bigote.

DON CÁNDIDO

¡Ay!

SARITA

Perdona, pero estaba muy descarada.

DON CÁNDIDO

¡Qué manía! ¡Me vas a dejar el bigote picado de viruelas!

SARITA le entrega la cana mimosamente, y él le da un soplo y la echa al aire.

SARITA

Oye una cosa, que no quiero que se me olvide, pichón.

DON CÁNDIDO

¿Qué quieres, palomita?

SARITA

¿Has pedido informes de los muchachos del estudio?

DON CÁNDIDO

¿De quiénes?

SARITA

De Arístides, de Celestino, de...

DON CÁNDIDO

No, no; no me he vuelto a acordar de semejante cosa.

SARITA

Pues ten en cuenta que nos visitan a diario, porque vienen pretendiendo a tus hijas.

DON CÁNDIDO

¿Y eso?

SARITA

Arístides, el escultor, el que tiene abajo el estudio, ha puesto los ojos en Herminia...

DON CÁNDIDO

¿Hola? Me he parecido al *perroquet*.

SARITA

¿Te sorprendes? ¡Pero si le está haciendo un busto y todo!

DON CÁNDIDO

Ah, ¿le está haciendo un busto y todo?

SARITA

¿No te han enterado las chicas? ¿No bajan las chicas al estudio a eso, calamidad?

DON CÁNDIDO

¡Ya decía yo! ¿A qué bajarán las chicas al estudio? Y bajan a eso.

SARITA

Pues el Celestino, el abogado, el madrileñito...

DON CÁNDIDO

El de las sortijillas en el bigote: en eso me he fijado, sí.

SARITA

Viene por Manola. Como los dos son tan metidos en chulería y tan verbeneros... parece que se atraen. Cada oveja...

DON CÁNDIDO

¡Claro! Cada ovejo...

SARITA

Oveja.

DON CÁNDIDO

Oveja, oveja. Le tengo que preguntar al médico por qué cambio yo tanto las vocales. Dime, ¿y el andaluz? ¿Le gusta Chuchú al andaluz? A mí me es más simpático que ninguno.

SARITA

Disimulando.

Ah, sí: Carmelo es muy simpático. Pero ese no creo que traiga mira particular. Viene por acompañar a sus amigos... Chuchú todavía es una muñeca... Y el tal sevillanito una bala perdida.

DON CÁNDIDO

¡Pero con la sal por arrobas!—Vamos a ver si entra el pollastre.

Vuelve a curiosear tras de los visillos. En este momento sale por la derecha de la galería JOSEFA, doncella de no mal palmito ciertamente.

JOSEFA

Señora.

SARITA

¿Qué?

JOSEFA

El señor Martínez.

SARITA

Que pase.

Se marcha la doncella; SARITA se retoca con coquetería; DON CÁNDIDO mira ensimismado a la casa de enfrente.

Llega CARMELO, muchacho andaluz de buen porte, palabrero y desenfadado.

CARMELO

¡Bendiga Dios a la mujé más bonita de España!

SARITA

Señalándole a su marido.

Carmelo...

CARMELO

¡Esto soy yo capaz de publicarlo en un periódico!

Le besa la mano.

¡Don Cándido!

DON CÁNDIDO no se entera.

¡Don Cándido!

DON CÁNDIDO

¿Eh? ¡Ah! ¡Hola, amigo!

CARMELO

Me alegro de verlo a usté bueno, compadre.

DON CÁNDIDO

¿Y sus camaradas?

CARMELO

Ahora suben. ¿Qué hasía usté ahí tan metío en los visiyos?

DON CÁNDIDO

En tono misterioso.

Viendo si entraba el traidorzuelo en la casa de enfrente.

SARITA

No piensa en otra cosa.

CARMELO

¿Y entraba?

DON CÁNDIDO

Entrará, entrará.

SARITA

Pues el que más mira, menos ve, Candidito. Pierdes las mejores. ¿Tú no sabes que la casa de enfrente se comunica por los jardines y por los patios con el 98?

DON CÁNDIDO

¡Re...! ¡Se me iba a escurrir una palabrota! ¿Qué me dices?

CARMELO

La pura verdá: ahora caigo yo en eso. Más de una vez he visto yo entrá y salí por er 98 a un vesino de la casa de enfrente.

DON CÁNDIDO

¡Pu...! ¡Tente, lengua! ¡Ya me explico por qué algunos días se me ha escapado a mí el pollastre! Con permiso. Voy a ver desde mi despacho... Con permiso. ¡Ah traidor, libertino, canalla!...

Márchase a escape por la derecha de la galería, con la obsesión más cómica. SARITA y CARMELO se sonríen maliciosamente.

CARMELO

¡Los hay que son fieras!

SARITA

Fingiendo un miedo que no siente.

¡Chito!

CARMELO

Pero, si no se entera aquí, ¿se va a enterá desde er despacho? ¡Aprovechemos la ocasión!

SARITA

Carmelo, por Dios, no sea usted imprudente.

CARMELO

¡Si estamos solos!

SARITA

Una casada no lo está nunca.

CARMELO

Bajando la voz.

¿Va usté esta noche a casa de Pepita Sánchez?

SARITA

Sin falta.

CARMELO

Pos ayí seguirá la *sinta*. En la buya nadie se fijará en nosotros.

EL LORO

¿Hola?

SARITA

¡Ja, ja, ja! ¡Qué oportuno ha estado el lorito!

CARMELO

Mentira parese que tenga humó. ¡Me da una lástima er bicho ese!

SARITA

¿El lorito?

CARMELO

¡Ese y tos eyos! ¿No hay argunos que viven sien años?

SARITA

¿Y qué?

CARMELO

Usté carcule: ¡sien años solo, metío en una jaula, sin ve a una *lora!*

SARITA

¡Por eso vivirán los cien años!

CARMELO

¡También es posible! Porque si las *loras* son tan malas como argunas mujeres...

SARITA

Vaya, vaya, aquí se queda usted. Hasta luego, que me espera el dentista.

CARMELO

Hasta luego. ¿Se está usté arreglando esa boca?

SARITA

Es usted de lo que no hay.

Vase por la derecha de la galería, sin dejar de mirarlo.

CARMELO

Cuando se queda solo, frotándose las manos de júbilo.

Carmelo, eres el amo. Esto ya está en casa. Y

el otro, mientras, asechando con mucho cuidao si entra un granuja en la casa de enfrente. ¡Ja, ja, ja!

EL LORO

¡Ja, ja, ja!

CARMELO

¡Lorito!

Bailando y cantando.

¡Ay garrotín, ay garrotán!...

Llegan por la derecha CELESTINO y ARÍSTIDES. CELESTINO es un señorito madrileño muy pagado de su persona, pinturerito y achulado. ARÍSTIDES no reconoce patria: es sencillamente un sinvergüenza que hace esculturas.

ARÍSTIDES

¡Contento está el hombre!

CELESTINO

¡Tan contento como va ella!

CARMELO

¿Va bailando también? ¿La habéis visto?

CELESTINO

Y la cara que lleva no miente. ¡Chócala!

ARÍSTIDES

¡Chócala!

CARMELO

¡Camino como sobre rueas!

¡Buen lanse, viven los sielos!
¡Estos son los que dan fama!
que dijo Juan, mi paisaniyo.

CELESTINO

Bueno, pues a ver qué tal te portas ahora con nosotros, cuando salgan el padre y las chicas.

CARMELO

Ni media palabra: a los quites, er mataó. Y que a don Cándido no nesesito más que mentarle la casa de enfrente, y acude ar trapo que es un gusto.

ARÍSTIDES

En resumen: que la familia es nuestra.

CELESTINO

Por *áhi*. Y que caemos en blando. Cada día me convenzo más de la *pasta* que tienen.

CARMELO

De la buena pasta der papá, yo respondo.

CELESTINO

Pues de la otra *pasta*, pregunta en Bolsa. ¡Un horror! No pasa año sin que se les muera un pariente en las Pampas y les mande los cupones por kilos.

ARÍSTIDES

¿Veis lo que yo os digo a todas horas? El desinterés del artista siempre logra un premio. A mí me fascinó de Herminia solamente la belleza, la línea, la escultura... ¡Y me encuentro con que está *forrada!* ¡Bien vengan los billetes! ¡Son el premio de mi desinterés!

CELESTINO

Míralo como quieras. El caso es que hemos acertado un pleno. ¡Y que además no es chula mi Manola! ¡Me colma el gusto! ¡Mi madre! ¡El

adiós que le voy a dar a la abogacía! Señor, como que no ha nacido un hombre con este frente, estas espaldas y este canto, para hacer el primo en el mundo.

CARMELO

La vanidá *física* que tiene este poyo; y es una rana pa echá los huesos de las aseitunas.

CELESTINO

¡El que habla, y lo cazaron con reclamo!

Ríen los tres.

ARÍSTIDES

Dirigiéndose a DON CÁNDIDO, que aparece por donde se fué y va hacia el mirador.

¡Ilustre don Cándido!...

CELESTINO

¡Amigo don Cándido!...

DON CÁNDIDO

¡Señores míos!... Pero, oiga, ¿y mi mujer?

CARMELO

Se ha marchao a casa der dentista.

DON CÁNDIDO

¿A casa del dentista?

CARMELO

Ahora se está arreglando la boca.

ARÍSTIDES

¡Qué coquetería!

CARMELO

¡Arreglá aqueya boca!... ¿Eh, don Cándido?

DON CÁNDIDO

Hombre, eso es bonito. ¿Y a qué dentista va?

CELESTINO

Pero ¿usted no lo sabe?

DON CÁNDIDO

Yo no me ocupo de eso. Y lo pregunto, porque

hace varias noches que me está fastidiando a mí la muela del juicio...

Encarándose con Carmelo.

Mire usted: debo de tenerla picada; mire usted...

Abre la boca y pone los ojos en el techo. Carmelo se asoma un instante a aquel antro.

Arriba, a la izquierda.

CARMELO

¿A la izquierda?

DON CÁNDIDO

Sí; arriba... junto a la corona de oro...

En este momento vuelven, precisamente por la izquierda, Herminia y Manola, ataviadas con elegantes vestidos, que revelan el distinto gusto de las dos hermanitas. En cuanto las ven se llegan a saludarlas los galanes, incluso Carmelo, que deja a Don Cándido con la boca abierta.

MANOLA

¡Tanto bueno!

CELESTINO

Eso es lo que venimos buscando.

HERMINIA

Arístides...

ARÍSTIDES

Reina...

CARMELO

Manolita... Herminia... ¡Viva España!

MANOLA

¿Qué tal?

HERMINIA

¿Qué tal?

Cambian saludos afectuosos, en tanto que Don Cándido, creyendo que Carmelo lo observa, dice:

DON CÁNDIDO

¿Hay caries? De cuando en cuando me da unas punzadas... No la confunda usted con la de junto: es la del juicio; la última... Arriba, a la izquierda... ¿Hay caries? ¿Ve usted caries?

Bajando la cabeza.

¿Eh?... ¡Ah, vamos!

4

CARMELO

Volviendo a él.

Usté me dispense. Salieron tan a punto las niñas...

DON CÁNDIDO

¡Hombre, por Dios! Naturalísimo...

Celestino y Manola, y Arístides y Herminia, a partir de aquí, y a un guiño de Carmelo, pasean arrullándose por la galería, apareciendo y desapareciendo a discreción. Carmelo entretiene a Don Cándido.

CARMELO

¿Y qué?

DON CÁNDIDO

¿Qué, qué?

CARMELO

¿Ha comprobao usté que la casa de enfrente tiene dos puertas?

DON CÁNDIDO

¡Ya lo creo!

CARMELO

¿Ha entrao ese mosito?

DON CÁNDIDO

No, señor; no ha entrado todavía; pero he visto salir por el 98 al matrimonio del segundo.

CARMELO

Lo que le dijo a usté Sarita y yo confirmé.

DON CÁNDIDO

¡Justo! Al mejor cazador se le va una liebre.

CARMELO

Pero, bueno, amigo Borrajas: vamos a echá un párrafo sobre este negosio.

DON CÁNDIDO

¡No que no! De nada con más interés. Me quitan el sueño esos vecinos. Siéntese usted aquí. No sé si usted sabrá que soy vocal de la *Liga de Caballeros Impecables*...

CARMELO

Lo sé.

DON CÁNDIDO

Investigadores del Hogar Ajeno.

CARMELO

¡Una chirigota!

DON CÁNDIDO

Ahí le duele.

CARMELO

Conformes. ¿Y usté, pa la pista que sigue, tiene argún dato más que habé visto entrá de contrabando a un hombre cuando se va er marido?

DON CÁNDIDO

¿Le parece a usted poco? ¡Pero tengo más! ¡Muchos más! Ya comprenderá usted que yo no soy un botarate ni un hombre ligero.

CARMELO

Ya, ya.

DON CÁNDIDO

Yo soy un tío de mucho quinqué, como dicen los chulos.

A esta sazón, entre las cuatro narices de las dos parejas enamoradas no cabe ni un papel de fumar: tan uniditos hablan.

¡La que a mí se me escape, piense lo que quiera Sarita!... ¡Lo que yo no vea!...

CARMELO

Ya, ya.

Las parejas desaparecen del todo durante el siguiente relato.

DON CÁNDIDO

Con regocijo íntimo.

Imagine usted que una tarde pasada, bien entre dos luces, por un espejo que puse adrede en el balcón de mi dormitorio, vi a la señora del pobre señor y al pollastre, muy amartelados en una *chaise longue*, y la muy tunanta queriendo comérselo materialmente.

CARMELO

¡Porra! ¿Y usté desde dónde los veía?

DON CÁNDIDO

Desde debajo de mi cama. Me metí allí como un verdadero *detective*. Por cierto que entró el

gato, y se llevó un susto que no ha vuelto más por la alcoba. Y yo otro. Creí que me avanzaba... Bueno: en el espejo, ¿comprende usted? se reflejaba toda la escena. Él estaba donde estoy yo y ella donde está usted. Usted es ella.

Reproduce el cuadro como puede.

De cuando en cuando le cogía la cabeza así...

CARMELO

¿Él a eya?

DON CÁNDIDO

Ella a él. Y luego cambiaban. Y vengan besos, y vengan manitas por la frente, y venga atusarle el bigotito, y vengan carcajadas... ¡Ja, ja! ¡Ja, ja! Un asco. Me salí de debajo de la cama, me sacudí las pelusas que se me habían pegado, y ni corto ni perezoso le escribí un anónimo, que era una bomba, al *Caballero del Verde Gabán.*

CARMELO

¿A quién?

DON CÁNDIDO

Al marido. Las chicas le han puesto ese mote, porque tiene un impermeable color de lagarto. Él

se llama don Luis de Esquivias. Bueno, pues ¿usted me ha contestado al anónimo?

CARMELO

Pero a un anónimo, ¿cómo va a contestarse?

DON CÁNDIDO

Quiero decir que se ha encogido de hombros; como si le hubiera rascado las narices; ¡como si la mujer fuese la mía! ¿Qué tal? ¿No hay para enfurecerse?

CARMELO

¡Vaya! Pos na, na; duro en los anónimos, hasta que se entere ese papanatas.

DON CÁNDIDO

¡No hay otro camino! Tres le he mandado ya.

CARMELO

¿Tres?

DON CÁNDIDO

¡Tres! Uno escrito con la mano izquierda, otro con la derecha, y otro con las dos manos: a máquina.

CARMELO

¡Ah! ¿Y los tres ar marido?

DON CÁNDIDO

No; uno a la mujer. ¡Porque este es otro cuento! ¡Me encontré una noche en plena Plaza del Callao al descarado del pollastre, del brazo de una golfa!

CARMELO

¡Caracoles!

DON CÁNDIDO

Bajo la voz para que no se enteren las chicas. Así, así. Y eso ya me pareció un verdadero colmo. Malo es que se la pegue al del *Verde Gabán*, ¡pero que se la pegue a la adúltera al mismo tiempo!... ¡Hombre! ¡Hay que ser de estuco para no delatarlo! ¡Póngase usted en mi lugar!

CARMELO

Ya, ya procuro...

DON CÁNDIDO

¡Y ahora no quisiera yo más que dar con alguien que conociera al pollo ese! Porque sabiendo quién es él...

Se llega al mirador, levanta el visillo, mira hacia la calle y lanza un grito de triunfo.

¡Ah!

CARMELO

¿Qué?

DON CÁNDIDO

¡Lo va usted a ver por sí mismo! ¡Allí viene!

CARMELO

¿Quién?

DON CÁNDIDO

¡El traidor! ¡Qué oportunidad!

CARMELO

¿El traidor?

DON CÁNDIDO

¡A ver si casualmente le conoce usted!

CARMELO

A verlo.

Mira también hacia la calle. Las dos parejas, que en este momento están ocultas, ríen allá dentro a más y mejor.

DON CÁNDIDO

Aquel delgadito, que se quiere hacer el invisible. Repare usted qué pegado a la pared avanza.

CARMELO

Sí, sí... ya lo veo. ¡Y sé quién es, don Cándido!

DON CÁNDIDO

¿Que sabe usted quién es?

CARMELO

Espere usté que me sersiore. Vamos a verlo entrá en la casa.

Las risas se renuevan dentro. Don Cándido, contagiado de ellas, ríe también nerviosamente. Mientras tanto, el Abuelo Chocho vuelve de la calle por la derecha de la galería, se hace cargo de lo que allí sucede, y se va por la puerta de la izquierda, diciendo, entristecido:

ABUELO

¡Muy gracioso!... ¡todo muy gracioso!... ¡Para echarse a llorar!

DON CÁNDIDO

¡Ya entró!

CARMELO

Pos es Enrique Lorenzague: no me cabe duda.

DON CÁNDIDO

¿Quién?

CARMELO

Enrique Lorenzague. Hijo der general Lorenzague.

DON CÁNDIDO

¡Oh! *¡Eureka! ¡eureka!* ¡Hoy es un día dichoso!

CARMELO

Un muchachiyo muy simpático...

DON CÁNDIDO

¡Como todos los pillos!

CARMELO

Muy calaverón, muy afisionao a las fardas... Yo lo conocí en una *juerga*.

DON CÁNDIDO

¡Ah sinvergüenza, bandolero, salteador de hogares honrados!...

CARMELO

¿Le parese usté que le pongamos ar marido otro anónimo, disiéndole er nombre del infame?

DON CÁNDIDO

¡Bravo! ¡Idea soberana! ¡Me la ha quitado usted de la cabeza!

CARMELO

¡Es que usté me ha comunicao a mí su indirnasión! ¿Vamos ar despacho?

DON CÁNDIDO

Vamos, vamos sin perder tiempo. Verá usted: cogiendo yo la pluma así, me sale una letra muy curiosa. Venga usted conmigo.

CARMELO

A las parejas, que ahora están presentes.

¡Quejarse der maestro!

Sigue a Borrajas, el cual se ha ido por la derecha de la galería, ciego de júbilo.

Música.

MANOLA

No vaya usted tan aprisa,
que va usted a tropezar.

CELESTINO

La culpa es de esa sonrisa,
que a un santo le hace pecar...
aun en misa.

MANOLA

¡Qué risa!

CELESTINO

¡La mar!

MANOLA

Ni vaya usted a creer
que yo me creo esas cosas;
que estoy harta de saber

que son las más mentirosas
las palabras del querer.
¡Hay que ver!

CELESTINO

Pues escúcheme usted, salero,
por la gracia de su papá:
yo seré muy zaragatero,
muy jocoso, muy palabrero,
pero ¿embustero?
¡Quiá!
Ni yo quiero,
ni va a querer mi mamá.
Y comprenda usted, lucerito,
rosa fresca pitiminí,
fina esencia de lo bonito,
que estoy loco por su palmito,
que me derrito,
¡sí!
¡Necesito
que usted se apiade de mí!

MANOLA

¿Conque sí?

CELESTINO

¡Conque sí!

MANOLA

Acabaré por hacerme,
con sus piropos, de miel.

CELESTINO

Acabaré por creerme
que disloco a este clavel.
¡Hay que verme!

MANOLA

¡Qué gracia la de él!

—

Las palabras del amor
son puntitas de alfileres,
que con gusto y sin dolor
nos prenden a las mujeres
en el ladito mejor.

CELESTINO

¡Vaya flor!

Siguen hablando bajo.

ARÍSTIDES

Princesita de un cuento de niños
me parece usted.

HERMINIA

Son sus ojos, que ven en las cosas
lo que nadie ve.

ARÍSTIDES

¡Quién pudiera cuajar en el barro
su forma ideal!

HERMINIA

¡Ay, por Dios, que escuchando esas flores
no sé qué me da!

ARÍSTIDES

Y si quieta y estática
es usted una Venus,
cuando danza en mis brazos
tan alada la encuentro,
que me parece, Herminia,
que aprisiono un ensueño...

HERMINIA

Calle, por Dios, Arístides,
que no sé lo que siento,
ni sé qué extraña música
palpita ya en mi cuerpo...

ARÍSTIDES

La propia que al artista
le suena muy adentro...

Danzan amartelados, al ritmo de un vals exquisito, y desaparecen por la galería.

CELESTINO

Ya que esos dos se arrancan
por lo romántico,
demos los dos seis vueltas
por algo clásico.

Bailan también, al son de un aire popular, y desaparecen en la galería por el lado opuesto. Aparecen luego, danzando aún, HERMINIA y ARÍSTIDES. Poco después vuelve CARMELO, y simultáneamente MANOLA y CELESTINO. Las parejas, al ver a CARMELO, suspenden un momento el baile.

ARÍSTIDES

¿Qué?

CELESTINO

¿Qué?

MANOLA

¿Y papá?

HERMINIA

¿Y papá?

CARMELO

No hay cuidao: está poniendo en limpio un anónimo.

A CHUCHÚ, que llega a punto por la derecha de la galería, seguida de la MISS.

¡Ven acá, Chuchú! ¡Ya tengo yo pareja! ¡Siga er baile!

CHUCHÚ

¡Anda, qué bueno!

CARMELO

¡Y vamos con el *Huyuyuy*, que es er baile de moda!

Bailan las tres parejas el «Huyuyuy», baile desenfadado y alegre. La MISS contempla el cuadro en pie, junto a la jaula del lorito, con cara de vinagre malo. Luego cesa la música.

Todos aplauden satisfechos y ríen.

ARÍSTIDES

¡Viva la alegría! ¡La alegría es la fuerza del mundo!

CARMELO

¡Ole!

ARÍSTIDES

¡La tarde está llena de luz! ¡Propongo que tomemos un refresco en mi estudio!

TODOS

¡Bravo! ¡Bien! ¡Bravo! ¡Ole!

ARÍSTIDES

Mientras Herminia *posa* un rato, y yo le doy al busto dos toques más, Manola y Chuchú lo preparan.

ELLAS

¡Aprobado! ¡aprobado!

ELLOS

¡Hecho!

CELESTINO

¡Para luego es tarde!

TODOS

¡Al estudio! ¡al estudio!

MANOLA

A la Miss.

Miss: dígale a papá que estamos en el estudio con estos señores.

LA MISS

Bien.

MANOLA

Que si quiere, que baje.

LA MISS

Bien.

CARMELO

Y si no se quiere molestá, que no baje.

LA MISS

Bien.

MANOLA

Y cuando se lo diga usted, vaya por Chuchú.

LA MISS

Bien.

CHUCHÚ

¡Pero tampoco corre prisa mayormente!

LA MISS

Bien.

CELESTINO

¡Esta miss me parece a mí que está descompuesta!

Ríen todos, y se van en animada y bulliciosa conversación por la derecha de la galería. La Miss, gruñendo en inglés unas palabras que no hay quien entienda, desaparece por el lado contrario.

A poco vuelve por la puerta de la izquierda el Abuelo Chocho. Melancólicamente mira hacia todas partes, y exclama, como resumiendo la soledad en que se ve.

ABUELO

¡La madrastra en la calle... las chicas en el estudio de esos desalmados... los criados bailando al son que les tocan... y el otro simple escribiendo anónimos a la casa de enfrente! ¿Quién conoce la mía?

Música.

Me dicen cascarrabias,
me llaman viejo chocho,

porque rabiando vivo,
porque les riño a todos;
pero a mis solas sufro;
pero escondido lloro.

—

Llora, abuelo,
llora, abuelo, por tu casa,
que se pierde, que se hunde,
que se acaba...
No la abaten
vendavales ni borrascas:
la carcoma es quien la pudre,
quien la mata.

—

¡La grandeza en que nací!...
¡El honor que me alentó!...
La gloria en que envejecí,
¿dónde dió?
¡El amor de lo que fué!...
¡La ilusión del que será!...
La casa en que me críe,
¿dónde está?

—

La de enfrente ¿qué me importa,
si la mía abandonada
se desploma?

¡Quién pudiera, quién hacerte
espejo en que se miraran
las de enfrente!...

—

¡La grandeza en que nací!...
¡El honor que me alentó!...
La gloria en que envejecí,
¿dónde dió?
¡El amor de lo que fué!...
¡La ilusión del qué será!...
La casa en que me crié,
¿dónde está?

Se aleja por la izquierda de la galería, y cesa la música.

Un momento después vuelve a salir por la derecha, ahora más preocupado y nervioso que nunca, el cabeza de fósforo de la familia.

DON CÁNDIDO

¡Jesús, Jesús, Jesús! ¡Por supuesto, tenía que ocurrir un buen día! ¡Un mal día! ¡Tenía que ocurrir!... ¡El drama eterno: el marido que llega y sorprende...! Va a cogerlos fritos: ¡fritos! Y yo, que estaba esmerándome en el nuevo anónimo... ¿Eh? ¿Qué es eso? ¿Un disparo ya? No; no ha sido

un disparo... ha sido un coche. ¡Jesús, Jesús! Mañana sale esa casa en los periódicos. Fritos, fritos: los coge fritos. ¡Y hay que ver lo que aquí significa fritos!...

Llega Josefa *por la derecha de la galería.*

JOSEFA

Señor.

DON CÁNDIDO

Sobresaltado.

¿Eh?

JOSEFA

¿Señor?

DON CÁNDIDO

¡Ah, que eres tú, monada!

JOSEFA

¿Qué le ocurre?

DON CÁNDIDO

Nada, tontilla.

Intenta tomarle la cara.

JOSEFA

Quietas las manos.

DON CÁNDIDO

¡Lo que me haces sufrir, picarona!

JOSEFA

Ahí está un caballero que quiere verle a usted.

DON CÁNDIDO

¿A mí? ¿Quién? ¿No te ha dado tarjeta?

JOSEFA

No, señor: pero me ha dicho que anuncie a don Luis de Esquivias.

DON CÁNDIDO

¿A don Luis de Esquivias? ¡No puede ser, muchacha!

JOSEFA

Pues ese es el nombre que me ha dado.

DON CÁNDIDO

¡No puede ser! Si a don Luis de Esquivias acabo yo de verlo entrar por el 98... Tú te has confundido, princesa.

Se le acerca melosamente, y la abraza. Ella no opone resistencia.

Anda, sal ahí fuera y entérate bien... Tú te has confundido...

JOSEFA

Pero ¿soy yo sorda?

DON CÁNDIDO

Pues verás cómo te has confundido... y no es don Luis de Esquivias.

Don Luis de Esquivias, que un minuto antes ha aparecido en la galería, por la derecha, dice gravemente:

DON LUIS

Sí, señor, sí: es don Luis de Esquivias.

JOSEFA

¿Lo está usted viendo?

Don Cándido se separa turbadísimo de Josefa, que se retira. Don Luis de Esquivias lo mira de arriba abajo. Es un señor cuya cabeza parece recortada de un cuadro del Greco. Viste de chaqué. Habla con serenidad y nobleza. Ni un solo momento es ridículo.

DON CÁNDIDO

¿Don... don... don Luis de Esquivias?

DON LUIS

Para servirle, señor mío. ¿Y yo tengo el honor de hablar...?

DON CÁNDIDO

Conmigo: Cándido Borrajas...

Azoradísimo.

Asseyez vous, monsieur.

DON LUIS

Dispense: vamos a entendernos en castellano.

DON CÁNDIDO

Sí, sí... si estos son resabios de la educación de las chicas.

DON LUIS

¿De la educación?

DON CÁNDIDO

¡Esta casa es una Babel! ¿Quiere usted que pasemos a mi despacho?

DON LUIS

No deseo sino hablar con usted sin testigos. ¿Estamos aquí solos?

DON CÁNDIDO

Usted lo ve.

DON LUIS

Pues aquí mismo, entonces.

DON CÁNDIDO

Aquí mismo. *Asseyez vous*. ¡Y dale! ¡Se me ha metido en la cabeza! Tome usted asiento. Si encuentra dónde... Todo lo han dejado por medio esas chicas... Deje usted el sombrero.

DON LUIS

Sí, señor. Mil gracias.

Siéntanse los dos. DON LUIS está sereno e impávido. El otro, excitado e inquieto.

DON CÁNDIDO

Bien; usted dirá a qué debo... a qué debo la... a qué debo el...

DON LUIS

Señor de Cerrajas...

DON CÁNDIDO

Borrajas.

DON LUIS

¡Ah! Discúlpeme.

DON CÁNDIDO

No hay de qué... Viene a ser lo mismo. Agua de...

DON LUIS

Señor de Borrajas...

DON CÁNDIDO

Señor *Caballero del Verde Gabán*...

DON LUIS

¿Cómo?

DON CÁNDIDO

¡Huy!

Pausa. Se miran.

DON LUIS

¡Vamos! Ya comprendo... Se me nombra así en esta casa.

DON CÁNDIDO

No...

DON LUIS

Sí... Es muy natural... Donde hay muchachas... donde hay señoras... es sabido: el mote al vecino, el apodo al visitante enojoso, suelen estar prestos.

DON CÁNDIDO

¡Je!

DON LUIS

Yo soy quien menos puede extrañarlo. ¿Sabe usted cómo le llama a usted mi esposa? Con perdón.

DON CÁNDIDO

¿Cómo?

DON LUIS

Dulcificando la frase con toda cortesía.

El Papamoscas de Burgos.

DON CÁNDIDO

Imitándolo.

Pues no soy de Burgos.

DON LUIS

Pues será sencillamente por lo otro. Donde las dan, las toman... Así como así hemos tenido suerte usted y yo: entrambos motes no pueden ser más clásicos. De todos modos, y aun cuando ello sea un pasatiempo del todo inocente, convengamos en que es censurable.

DON CÁNDIDO

Sintiéndose momentáneamente clásico.

Eslo.

DON LUIS

Usted se llama Borrajas y yo Esquivias. Al grano, pues.

DON CÁNDIDO

Al grano. Le confieso a usted que siento impaciencia...

DON LUIS

Voy a satisfacerla en seguida. Y cuenta, señor mío, que jamás en los días de mi vida pasé por trance como este. Y aun lo habría evitado, si no confiase en que es usted un caballero.

DON CÁNDIDO

Soilo.

DON LUIS

Así lo creo yo a pies juntillas. Si la pregunta que voy a dirigirle a usted le ofende en lo más mínimo, déla por no salida de mi boca.

DON CÁNDIDO

Ha... hable usted.

DON LUIS

Yo he recibido un par de anónimos distintos que afectan a mi honor.

Don Cándido traga saliva.

Por indicios que no he menester declararle, presumo que los dos salieron de esta casa. ¿Los ha escrito usted, por ventura?

Don Cándido suda como un pollo.

¡Invoco su caballerosidad!

DON CÁNDIDO

En actitud de héroe, adoptada en un instante de energía.

¡Sí, señor!

DON LUIS

¿Los ha escrito usted?

DON CÁNDIDO

¡Sí, señor! De mi puño... ¡de mis puños y letras!

Don Luis lo mide atentamente con la vista, da un paseo, y exclama después:

DON LUIS

Menos malo. Grave es la acusación formulada en ellos: ventilamos aquí mi felicidad y mi honra; pero, pues estoy en la fuente de donde nacieron los anónimos, siquiera sabré la verdad.

Da otro paseíto.

DON CÁNDIDO

(Este *greco* me va a dar la tarde.)

DON LUIS

¿Cómo?

DON CÁNDIDO

No... nada... que parece que hace aquí algún

calor... ¿Quiere usted que abra las vidrieras de la galería?

DON LUIS

Por mí, no. Gracias.

DON CÁNDIDO

¿No tiene usted calor?... Es natural... Bien comprendo su malestar, su... su... Es lo más grave que le puede ocurrir a un hombre... Por eso yo... yo me he atrevido... Yo no creo que el anónimo bien intencionado sea un arma vil...

DON LUIS

Dígame usted cuanto usted sepa. ¿Es cierto que apenas doblo yo todos los días la esquina de la calle entra un hombre en mi casa?

DON CÁNDIDO

Es cierto.

DON LUIS

¿Siempre el mismo?

DON CÁNDIDO

El mismo siempre.

DON LUIS

¿Es cierto que lo ha visto usted en coloquio... demasiado íntimo con mi esposa?

DON CÁNDIDO

Es cierto.

DON LUIS

Pero ¿cómo ha podido usted ver tamaña felonía? ¡La verdad; toda la verdad!

DON CÁNDIDO

¡Por un espejo que coloqué frente al balcón! Yo me metí debajo de mi cama—¿usted se hace cargo?—y en la luna se reflejó la escena... ¿La describo? Abrazos... besos... ¡todas las complacencias del amor!

DON LUIS

¡Basta! ¡Las señas de ese hombre!

DON CÁNDIDO

Alto... morenito... veinte o veintidós años a lo sumo... ¿Qué más? ¡Sé cómo se llama también!

*

DON LUIS

¿Cómo se llama?

DON CÁNDIDO

Haciendo memoria.

Se llama... se llama... ¡Pues se me ha olvidado!

DON LUIS

Yo se lo diré a usted: Enrique Lorenzague.

DON CÁNDIDO

¡Zague, zague, zague! ¡Él es! ¡Y en este momento está ahí: en su casa de usted! ¡Ha entrado por el 98!

DON LUIS

¡Sí, señor! ¡En este momento está en mi casa! De ella vengo yo, y allí queda.

DON CÁNDIDO

¿Allí queda, eh?...

DON LUIS

Sí, señor; allí queda.

Pasea como meditando su determinación.

DON CÁNDIDO

Calma, señor *Caballero del Verde Gabán* mucha calma.

DON LUIS

Señor *Papamoscas de Burgos*...

DON CÁNDIDO

¿Eh?

DON LUIS

Óigame usted atentamente.

DON CÁNDIDO

Soy todo oídos.

DON LUIS

Enrique Lorenzague es hijo de mi esposa.

DON CÁNDIDO

¿Eh?

DON LUIS

Hijo único de mi esposa, viuda diez años ha del general Lorenzague.

A Don Cándido se le sale un silbido, que repite el loro.

Las caricias que usted sorprendió, eran de madre a hijo, y no de mujer liviana a amante traicionero, como usted, sin duda contagiado de la atmósfera en que respira...

DON CÁNDIDO

¿Eh?

DON LUIS

Creyó ver desde debajo de su cama, puesto en cuatro pies.

DON CÁNDIDO

¿Cómo en cuatro pies?

DON LUIS

¡O en cuatro manos! ¿Cómo se expresa en español la postura que usted tomó para fisgar por el espejo?

DON CÁNDIDO

¡A gatas!

DON LUIS

Pues a gatas se engañó usted, y de pie ya, procedió con ligereza incalificable.

DON CÁNDIDO

Soy... soy el primero en lamentarlo, señor de Esquivias... y al propio tiempo en alegrarme... Pero comprenda usted que las apariencias... las apariencias... Porque ¿cómo podía yo imaginar...? ¿Cuántos años tiene su esposa?...

DON LUIS

¡Indiscreto!

DON CÁNDIDO

Es que con mis hijas he discutido... ¡Parece una muchacha!

DON LUIS

Pero ¿a usted qué jinojo le importa?

DON CÁNDIDO

¡Ese jinojo!...

DON LUIS

¡Ese y cien más merece usted por su conducta, majadero!...

DON CÁNDIDO

¡Ese majadero!...

DON LUIS

Perdone: retiro el vocablo. Un punto me ha faltado el dominio sobre mis nervios. Pero ya repuesto, no vacilo en aconsejarle a usted lealmente que mire más por su casa y por su familia, y se deje de cuidar de la del vecino.

Oportunamente llega SARITA de la calle.

DON CÁNDIDO

¡Ah!

DON LUIS

Señora...

SARITA

Caballero...

DON CÁNDIDO

Mi esposa.

DON LUIS

Le beso los pies.

DON CÁNDIDO

El señor de Esquivias, el vecino de la casa de enfrente...

SARITA

Sonriendo.

Ya, sí..

DON CÁNDIDO

Que ha venido a ponerme de hoja de perejil, en lenguaje castizo.

SARITA

¿Cómo?

DON CÁNDIDO

Sí, hijita, sí; hemos estado tocando el violón...

SARITA

Tú más que nadie, Candidito.

DON LUIS

Con intención.

Es posible.

SARITA

Esté usted seguro.

DON LUIS

Despidiéndose.

Señora... Caballero...

SARITA

¿Se marcha usted?

DON LUIS

Ya nada tengo que hacer en esta casa. Me voy a la mía, desde cuyos balcones, por cierto, suelo ver también en la de enfrente escenas pintorescas, cuya interpretación no se me ha ocurrido nunca, por si era equivocada, escribir en anónimos. Además, señora, creo que harto hay siempre que guardar en la propia casa, para perder el tiempo husmeando lo que se guisa en ninguna otra.

DON CÁNDIDO

Ya lo oyes.

SARITA

Ya lo oyes tú.

DON LUIS

Bueno es que lo oigan los dos. Mi casa, señores, es todo lo contrario que esta casa. La presiden la modestia y el orden; su lujo es la limpieza; la lealtad, su decoro; su atmósfera, la del amor y el respeto mutuos. Yo llevo a ella mis pensamientos más nobles, y ella me da las horas más felices. Es para mí también sosegado refugio en los afanes de la vida. Cuando yo oigo decir, verbigracia, que a tal o cual padre de familia lo sorprendió alguien

alguna vez enamorando a una criada, profanando el hogar, me quedo con tanta boca abierta.

Don Cándido se hace el distraído. Luego, sin saber lo que dice, pregunta:

DON CÁNDIDO

¿Quiere usted tomar el te con nosotros?

DON LUIS

Gracias. Si ya los dejo... No extrañen que les haya dicho lo que he dicho, a quienes tan torpe idea habían formado de mi casa. Mi esposa, finalmente, es discreta sobre toda ponderación; y por lo mismo que es joven aún y yo peino canas, tiene para ellas, no ya respeto y amor, sino culto: ni con el pensamiento las ofende; ni a solas delante del espejo coquetea.

Ahora es Sarita la que no se quiere enterar.

De pronto, allá abajo, en el estudio de Arístides, se oyen las animadas y vibrantes notas del «Huyuyuy».

DON CÁNDIDO

¿Qué es eso? ¿Qué música es esa, Sarita?

DON LUIS

El *Huyuyuy;* el baile de moda, que nació en el arroyo y se ha enseñoreado de los salones. Deben de estar bailándolo en el estudio del escultor sus hijas de usted y sus amigos.

DON CÁNDIDO

Quizás, quizás...

DON LUIS

Algunas tardes me ha dicho mi esposa que se baila aquí.

SARITA

Será cuando yo salgo...

DON CÁNDIDO

Ah, sí, seguramente... ¡Pues buena es ésta!...

DON LUIS

No sé. Harto me he detenido... Señora... Señor... Ya saben ustedes donde tienen su casa...

Respondiendo a una amable sonrisa del matrimonio:

¡Aquí!

Don Cándido y Sarita se ponen serios. Don Luis, después de una nueva reverencia, da media vuelta y se marcha por donde vino, dejando al matrimonio confuso. Asoma por la puerta de la izquierda el Abuelo Chocho, que los contempla gravemente, aumentando su turbación. Continúa sonando hasta el final la música del «Huyuyuy». Borrajas no sabe qué hacer y ordena los muebles. Sarita, mortificada, tal vez arrepentida de algo, deja cuanto en las manos trae y se quita el sombrero, que arroja con mal humor sobre un mueble. Luego grita:

SARITA

¡Miss! ¡Miss!

DON CÁNDIDO

Secundándola, a tontas y a locas.

¡Miss! Miss!

Aparece la Miss, seria como un ajo, en la galería.

SARITA

Baje usted por las señoritas al estudio.

DON CÁNDIDO

Muy grave.

Baje usted al estudio por las señoritas.

LA MISS

Bien.

Retírase hacia la derecha.

EL LORO

¿Hola?

ABUELO

Ha tenido que venir de fuera, para preocuparos, quien os diga lo que yo os repito constantemente: que ya sabéis cuál es vuestra casa: ¡ésta!

Callan los dos impresionados.

FIN

Fuenterrabía, agosto, 1916.
Madrid, enero, 1917.

OBRAS DE LOS MISMOS AUTORES

JUGUETES CÓMICOS

(PRIMEROS ENSAYOS)

Esgrima y amor.—Belén, 12, principal.—Gilito.—La media naranja.—El tío de la flauta.—Las casas de cartón.

COMEDIAS Y DRAMAS

EN UN ACTO

La reja.—La pena.—La azotea.—Fortunato.—Sin palabras.

EN DOS ACTOS

La vida íntima.—El patio.—El nido.—Pepita Reyes.—El amor que pasa.—El niño prodigio.—La vida que vuelve.—La escondida senda.—Doña Clarines.—La rima eterna.—Puebla de las Mujeres.—La consulesa.—Dios dirá.—El ilustre huésped.

EN TRES O MÁS ACTOS

Los Galeotes.—Las flores.—La dicha ajena.—La zagala.—La casa de García.—La musa loca.—El genio alegre.—Las de Caín.—Amores y amoríos.—El centenario.—La flor de la vida.—Malvaloca.—Mundo, mundillo...—Nena Teruel.—Los Leales.—El duque de Él.—Cabrita que tira al monte...—Marianela.

SAINETES Y PASILLOS

La buena sombra.—Los borrachos.—El traje de luces.—El motete.—El género ínfimo.—Los meritorios.—La reina mora.—Zaragatas.—El mal de amores.—Fea y con gracia.—La mala sombra.—El patinillo.—Isidrín o Las cuarenta y nueve provincias.

7

ENTREMESES Y PASOS DE COMEDIA

El ojito derecho.—El chiquillo.—Los piropos.—El flechazo.—La zahorí.—El nuevo servidor.—Mañana de sol.—La pitanza.—Los chorros del oro.—Morritos.—Amor a oscuras.—Nanita, nana...—La zancadilla.—La bella Lucerito.—A la luz de la luna.—El agua milagrosa.—Las buñoleras.—Sangre gorda.—Herida de muerte.—El último capítulo.—Solico en el mundo.—Rosa y Rosita.—Sábado sin sol.—Hablando se entiende la gente.—¿A quién me recuerda usted?—El cerrojazo.—Los ojos de luto.

ZARZUELAS

EN UN ACTO

El peregrino.—El estreno.—Abanicos y panderetas o ¡A Sevilla en el botijo!—El amor en solfa.—La patria chica.—La muela del rey Farfán.—El amor bandolero.—Diana cazadora o Pena de muerte al Amor.—La casa de enfrente.

EN DOS O MÁS ACTOS

Anita la Risueña.—Las mil maravillas.

MONÓLOGOS

Palomilla.—El hombre que hace reír.—Chiquita y bonita.—Polvorilla el Corneta.—La historia de Sevilla.

VARIAS

El amor en el teatro.—La contrata.—La aventura de los galeotes.—Cuatro palabras.—Carta a Juan Soldado.—Las hazañas de Juanillo el de Molares.—Becqueriana.—Rinconete y Cortadillo.

Pompas y honores, *capricho literario en verso. Fernando Fé, Madrid.*

Fiestas de amor y poesía, *colección de trabajos escritos ex profeso para tales fiestas. Manuel Marín, Barcelona.*

La madrecita, *novela corta.*

EDICIÓN ESCOLAR:

Doña Clarines y Mañana de sol. *Edited with introduction, notes and vocabulary by S. Griswold Morley, Ph. D. Assistant Professor of Spanish, University of California. — Heath's Modern Language Series.—Boston, New York, Chicago.*

TRADUCCIONES

AL ITALIANO:

I Galeoti.—Il patio.—I fiori (*Las flores*).—La pena.—L'amore che passa.—La Zanze (*La Zagala*), por Giuseppe Paolo Pacchierotti.

Anima allegra (*El genio alegre*), por Juan Fabré y Oliver y Luigi Motta.

Le fatiche di Ercole (*Las de Caín*), por Juan Fabré y Oliver.

I fastidi della celebrità (*La vida íntima*), por Giulio de Medici.

La casa di García.—Al chiaro di luna.—Amore al buio (*Amor a oscuras*), por Luigi Motta.

Il centenario, por Franco Liberati.

Donna Clarines, por Giulio de Frenzi.

Ragnatelle d'amore (*Puebla de las Mujeres*), por Enrico Tedeschi.

Mattina di sole.—L'ultimo capitolo.—Il fiore della vita.—Malvaloca.—Iettatura (*La mala sombra*).—Anima malata (*Herida de muerte*).—Chi mi ricorda lei? (*¿A quién me recuerda usted?*), por Gilberto Beccari y Luigi Motta.

AL VENECIANO:

Siora Chiareta (*Doña Clarines*), por Gino Cucchetti.

El paese de le done (*Puebla de las Mujeres*), por Carlo Monticelli.

AL ALEMÁN:

Ein Sommeridyll in Sevilla (*El patio*).—Die Blumen (*Las flores*).—Die Liebe geht vorüber (*El amor que pasa*).—Lebenslust (*El genio alegre*), por el Dr. Max Brausewetter.

Das fremde Glück (*La dicha ajena*), por J. Gustavo Rohde.

Ein sonniger Morgen (*Mañana de sol*), por Mary v. Haken.

AL FRANCÉS:

Matinée de soleil (*Mañana de sol*), por V. Borzia.

La fleur de la vie (*La flor de la vida*), por Georges Lafond y Albert Boucheron.

AL HOLANDÉS:

De bloem van het leven (*La flor de la vida*), por N. Smidt-Reineke.

AL PORTUGUÉS:

O genio alegre.—Mexericos (*Puebla de las Mujeres*), por Joao Soler.

AL INGLÉS:

A morning of sunshine (*Mañana de sol*), por Mrs. Lucretia Xavier Floyd.

Malvaloca, por Jacob S. Fassett, Jr.

ADMINISTRACIÓN:

LIBRERÍA «FERNANDO FÉ»

PUERTA DEL SOL, 15. MADRID

1,50 PESETAS